El macroeconomista como científico y como ingeniero
Author(s): N. Gregory Mankiw and Ivén Torre
Source: *Desarrollo Económico*, Vol. 47, No. 185 (Apr. - Jun., 2007), pp. 3-23
Published by: Instituto de Desarrollo Económico y Social
Stable URL: http://www.jstor.org/stable/30037133
Accessed: 02/04/2013 17:41

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at
http://www.jstor.org/page/info/about/policies/terms.jsp

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Instituto de Desarrollo Económico y Social is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Desarrollo Económico.*
http://www.jstor.org

This content downloaded from 187.141.66.38 on Tue, 2 Apr 2013 17:41:30 PM
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

Desarrollo Económico, vol. 47, Nº 185 (abril-junio 2007)

EL MACROECONOMISTA COMO CIENTIFICO Y COMO INGENIERO*

N. GREGORY MANKIW**

A los economistas les gusta asumir la pose de un científico. Lo sé, pues suelo hacerlo yo mismo. Cuando doy clases a mis estudiantes de grado, conscientemente describo el campo de la economía como una ciencia de modo que ningún estudiante piense, al empezar el curso, que se está embarcando en una empresa académica carente de sólidos fundamentos. A nuestros colegas del departamento de física en el otro lado del campus puede resultarles divertido que los veamos como primos cercanos, pero somos rápidos en recordar a cualquiera que quiera escuchar que los economistas formulan teorías con precisión matemática, recolectan inmensas series de datos sobre comportamientos individuales y agregados, y utilizan las más sofisticadas técnicas estadísticas con el fin de obtener juicios empíricos libres de sesgo e ideología (o al menos eso nos gusta pensar).

Habiendo trabajado dos años en Washington recientemente como asesor económico, en momentos en los que la economía estadounidense estaba luchando por salir de una recesión, soy consciente de que el campo de la macroeconomía nació no como una ciencia sino más bien como un tipo de ingeniería. Dios puso a los macroeconomistas en la tierra no para proponer y testear elegantes teorías sino para resolver problemas prácticos. Los problemas que El puso en nuestras manos no eran, además, de dimensiones modestas. Aquello que dio nacimiento a nuestra disciplina –la Gran Depresión de los años treinta– fue una caída en la actividad económica de una escala sin precedentes, incluyendo ingresos tan deprimidos y un desempleo tan expandido que no es exagerado decir que la viabilidad del sistema capitalista estaba en cuestión.

Este ensayo ofrece una breve historia de la macroeconomía, junto con una evaluación de lo que hemos aprendido. Mi premisa es que la disciplina ha evolucionado gracias a los esfuerzos de dos tipos diferentes de macroeconomistas: aquellos que la conciben como una especie de ingeniería y aquellos que quisieran que fuese más bien una ciencia. Los ingenieros son, ante todo, personas que se ocupan de solucio-

* Publicado en *Journal of Economic Perspectives*, Fall 2006. *Desarrollo Económico* agradece a American Economic Association la autorización para la presente versión en español.

** N. Gregory Mankiw es Robert M.Beren Profesor de Economía, Harvard University, Cambridge.M.A. Estados Unidos.

This content downloaded from 187.141.66.38 on Tue, 2 Apr 2013 17:41:30 PM
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

nar problemas. Por el contrario, el objetivo de los científicos es entender cómo funciona el mundo. El énfasis de las investigaciones de los macroeconomistas ha variado a lo largo del tiempo entre estos dos motivos. Mientras que los primeros macroeconomistas eran ingenieros que trataban de resolver problemas prácticos, los macroeconomistas de las últimas décadas han estado más interesados en desarrollar herramientas analíticas y establecer principios teóricos. Estas herramientas y principios, sin embargo, han tardado en encontrar el modo de ser utilizados. A medida que el campo de la macroeconomía fue evolucionando, un tema recurrente ha sido la interacción –a veces productiva y a veces no tanto– entre los científicos y los ingenieros. La desconexión sustancial entre ciencia e ingeniería de la macroeconomía constituye un hecho lamentable para todos quienes trabajamos en la disciplina.

Para evitar cualquier tipo de confusión, debo decir desde un principio que la historia que habré de contar no es una de buenos y malos muchachos. Ni los científicos ni los ingenieros pueden reclamar para sí una virtud mayor. Tampoco es ésta una historia acerca de pensadores profundos y plomeros ingenuos. Los profesores científicos no son típicamente mucho mejores en resolver problemas ingenieriles que lo que son los profesores ingenieros en resolver problemas científicos. En ambos campos hay siempre problemas nuevos, que son, al mismo tiempo, duros e intelectualmente desafiantes.

De la misma manera que el mundo necesita tanto científicos como ingenieros, necesita macroeconomistas de ambas orientaciones. Pienso, sin embargo, que la disciplina podría avanzar de manera más fluida y fructífera si los macroeconomistas recordasen que su campo tiene un rol dual.

La revolución keynesiana

La palabra "macroeconomía" aparece por primera vez en la literatura académica en los años cuarenta. Cierto es que los tópicos de la macroeconomía –inflación, desempleo, crecimiento económico, el ciclo de negocios, políticas monetarias y fiscales– han preocupado siempre a los economistas. En el siglo XVIII, por ejemplo, David Hume (1752) escribió acerca de los efectos de corto y largo plazo de las expansiones monetarias; en muchos aspectos, su análisis resulta muy similar al que uno podría esperar hoy en día de un moderno economista monetario o de un banquero central. En 1927, Arthur Pigou publicó un libro titulado *Industrial Fluctuations* que buscaba explicar el ciclo económico. No obstante, el campo de la macroeconomía como un área distinta y activa de investigación surgió a la sombra de la Gran Depresión: no hay nada mejor que una crisis para lograr que la mente se concentre.

La Gran Depresión tuvo un impacto profundo en quienes la vivieron. En 1933 el desempleo en los Estados Unidos llegó al 25 por ciento, y el PIB real era un 31 por ciento menor al de 1929. Todas las fluctuaciones subsiguientes en la economía norteamericana han sido olas pequeñas en un mar calmo comparadas con aquel tsunami. Ensayos autobiográficos de prominentes economistas de esta era como Lawrence Klein, Franco Modigliani, Paul Samuelson, Robert Solow y James Tobin, confirman que la Depresión fue un evento clave en sus carreras (Breit and Hirsch, 2004).

La *Teoría General* de John Maynard Keynes fue el punto focal de las discusiones profesionales acerca de cómo entender estos fenómenos. Los cinco premios

This content downloaded from 187.141.66.38 on Tue, 2 Apr 2013 17:41:30 PM
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

Nobel mencionados lo confirman desde su experiencia de primera mano. Tobin recuerda la siguiente reacción en Harvard, donde era estudiante a fines de los años treinta y comienzos de los años cuarenta: "Los profesores con más antigüedad eran mayoritariamente hostiles... En cambio, el profesorado más joven y quienes enseñaban a estudiantes de grado estaban entusiasmados con el libro de Keynes". Como suele ocurrir, los jóvenes tenían una mirada más certera que los mayores acerca del impacto de las nuevas ideas. Keynes empataba con Marshall como el economista más citado en los *journals* económicos de los años treinta y fue el segundo más citado en los años cuarenta, después de Hicks (Quandt, 1976). Esta influencia persistió por muchos años. Keynes se encontraba en el puesto 14 en citas para los años 1966-1986 a pesar de haber muerto dos décadas antes del comienzo de ese período (Garfield, 1990).

La revolución keynesiana influyó no sólo en la investigación económica sino también en la pedagogía. *Economía*, el clásico manual de texto de Samuelson, fue publicado por primera vez en 1948 y la organización del libro reflejaba su percepción de lo que tenía que ofrecer la profesión al lector menos sofisticado. La oferta y la demanda, que hoy están en el centro de lo que enseñamos de economía a los novatos, no eran introducidas sino hacia la página 447 de un libro que tenía 608. La macroeconomía estaba en primer lugar, incluyendo conceptos tales como el multiplicador de la política fiscal y la paradoja de la frugalidad. Samuelson escribió (en la página 253): "A pesar de que mucho de este análisis se le debe a un economista inglés, John Maynard Keynes,... hoy en día sus *fundamentals* son aceptados cada vez más por economistas de todas las corrientes de pensamiento".

Cuando un economista moderno lee la *Teoría General*, la experiencia es al mismo tiempo estimulante y frustrante. Por un lado, el libro es la obra de una gran mente aplicada al estudio de un problema social cuya actualidad y envergadura no pueden ser cuestionadas. Por el otro lado, a pesar de que el libro es extenso en su análisis, parece de alguna manera incompleto en lo que respecta a su lógica. Demasiados cabos quedan sin atar. El lector se pregunta constantemente cuál es, precisamente, el modelo económico que junta todas estas piezas.

Poco tiempo después de que Keynes publicara la *Teoría General*, una generación de macroeconomistas trabajó para responder esta pregunta convirtiendo su gran visión en un modelo más simple y concreto. El primer y más influyente intento fue el modelo IS-LM propuesto por John Hicks (1937), de 33 años en ese entonces. Franco Modigliani (1944), de 26 años, luego extendió y explicó ese modelo de manera más acabada. Al día de hoy el modelo IS-LM sigue siendo la interpretación de Keynes ofrecida en los más utilizados manuales de macroeconomía de nivel intermedio. Algunos críticos keynesianos del modelo IS-LM se quejan de que simplifica demasiado la visión ofrecida por Keynes en la *Teoría General*. En cierta medida, así es: el objetivo del modelo era simplificar una línea de argumentación que de otra manera era difícil de seguir. Con frecuencia, la línea divisoria entre simplificar y simplificar en exceso es poco clara.

Mientras que teóricos como Hicks y Modigliani desarrollaban modelos keynesianos aptos para el pizarrón de las aulas, econometristas como Klein estaban trabajando en modelos más aplicables que podían acercarse a los datos y utilizarse para el análisis de políticas. Con el paso del tiempo y la búsqueda de un mayor

This content downloaded from 187.141.66.38 on Tue, 2 Apr 2013 17:41:30 PM
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

realismo, estos modelos se hicieron cada vez más grandes y llegaron a incluir cientos de variables y ecuaciones. Para los años sesenta había muchos modelos en competencia, cada uno basado en el aporte de prominentes keynesianos de la época, tales como el modelo Wharton asociado a Klein, el modelo DRI (Data Resource Inc.) asociado a Otto Eckstein, y el modelo MPS (MIT-Penn-Social Science Research Council) asociado a Albert Ando y Modigliani. Estos modelos fueron ampliamente usados para hacer predicciones y analizar políticas. El modelo MPS fue mantenido por la Reserva Federal por muchos años y se volvería el precursor del modelo FRB/US, que sigue siendo usado en la *Fed*.

A pesar de que estos modelos diferían en detalles, sus semejanzas eran mucho más notables que sus diferencias. Todos tenían una estructura keynesiana. Detrás de la mente del constructor de cada modelo estaba el mismo modelo simple que se les enseña a los estudiantes de grado hoy en día: una curva IS que relaciona las condiciones financieras y la política fiscal con los componentes del PIB, una curva LM que determina las tasas de interés como el precio que equilibra la oferta y la demanda de dinero, y algún tipo de curva de Phillips que describe cómo responde el nivel de precios a lo largo del tiempo a cambios en la economía.

En lo que respecta a la ciencia, la *Teoría General* fue un gran éxito. La revolución que inspiró atrajo a muchas de las mejores jóvenes mentes de ese entonces. Su prodigioso *corpus* ofreció una nueva manera de entender las fluctuaciones económicas de corto plazo. Como reflejo de estos eventos, Samuelson (1988) ofreció un sucinto resumen: "La revolución keynesiana fue el evento más significativo en la ciencia económica del siglo XX". Esta apreciación es compartida por muchos economistas de su generación.

Sin embargo, la revolución keynesiana no puede ser entendida meramente como un avance científico. En líneas generales, Keynes y los constructores de modelos keynesianos tenían la visión de un ingeniero. Estaban motivados por problemas del mundo real y, una vez que desarrollaron sus teorías, estaban deseosos de ponerlas en práctica. Hasta su muerte en 1946, el mismo Keynes estaba involucrado en ofrecer asesoría en políticas públicas. Del mismo espíritu estaban imbuidos los primeros keynesianos americanos. Tobin, Solow y Eckstein dejaron por un tiempo sus investigaciones académicas durante los años sesenta para trabajar en el *Council of Economic Advisers*[1]. El recorte de impuestos propuesto por el presidente Kennedy, sancionado en 1964, fue en muchos sentidos el resultado directo del naciente consenso keynesiano y los modelos que lo incorporaban.

Los nuevos clásicos

Para fines de los sesenta, comenzaron a aparecer fisuras en el consenso keynesiano. Esas fisuras se volverían grietas que eventualmente harían caer el consenso macroeconómico y socavarían la confianza en los modelos econométricos convencionales. En lugar de ellos una visión más clásica de la economía habría de re-emerger.

[1] N. del T.: El *Council of Economic Advisers* (CEA) está integrado por economistas que asesoran al presidente de los Estados Unidos. Sus miembros son nominados por el presidente y aprobados por el Senado.

This content downloaded from 187.141.66.38 on Tue, 2 Apr 2013 17:41:30 PM
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

La primera ola de economía de los nuevos clásicos fue el monetarismo, y su proponente más notable, Milton Friedman. El primer trabajo de Friedman (1957) sobre la hipótesis del ingreso permanente no era directamente acerca del dinero y el ciclo económico, pero ciertamente tenía implicancias para la teoría del ciclo económico. En parte era un ataque a la función keynesiana de consumo, que proveía el fundamento de los multiplicadores de la política fiscal, centrales para la teoría keynesiana y sus prescripciones de política. Si la propensión marginal a consumir del ingreso transitorio es pequeña, como sugería la teoría de Friedman, la política fiscal tendría un impacto mucho más pequeño en el ingreso de equilibrio que lo que muchos keynesianos pensaban.

El libro *A monetary history of the United States 1867-1960* de Friedman y Schwartz (1963) se relacionaba más directamente con el ciclo económico, y también socavaba el consenso keynesiano. Muchos keynesianos veían a la economía como inherentemente volátil, constantemente sacudida por los cambiantes "*animal spirits*" de los inversores. Por su parte, Friedman y Schwartz venían a sugerir que la inestabilidad económica no debería buscarse en los agentes privados sino en las deficiencias de la política monetaria. El corolario que se seguía de allí era que, si querían evitar hacer daño, los responsables de las decisiones de gobierno debían sujetarse a simples reglas de política. A pesar de que la regla propuesta por Friedman de un crecimiento constante en los agregados monetarios tiene pocos adherentes en estos días, fue un precursor temprano de los regímenes de metas de inflación utilizados hoy por muchos bancos centrales del mundo.

El discurso de Friedman desde la presidencia a la Asociación Económica Norteamericana en 1968, junto con Phelps (1968), buscó explotar el eslabón más débil del modelo keynesiano: el *tradeoff* entre inflación y desempleo presente en la curva de Phillips. Al menos desde Samuelson y Solow (1960), algún tipo de curva de Phillips había sido parte del consenso keynesiano, aun cuando no fuese una visión respaldada por el mismo Keynes. Samuelson y Solow comprendieron la debilidad teórica de este *tradeoff* y su artículo estaba repleto de advertencias acerca de porqué los *tradeoff* de corto y de largo plazo podían diferir. Sin embargo, la literatura que los siguió descuidó esas advertencias muy fácilmente. La curva de Phillips proveía una manera conveniente de completar el modelo keynesiano, que siempre había tenido problemas para explicar porqué los precios fallaban en equilibrar mercados y cómo el nivel de precios se ajustaba en el tiempo.

Friedman argumentaba que el *tradeoff* entre inflación y desempleo no podía existir en el largo plazo, cuando los principios clásicos se volvían aplicables y el dinero se volvía neutral. El *tradeoff* aparecía en los datos porque, en el corto plazo, la inflación no es comúnmente anticipada y la inflación imprevista puede bajar el desempleo. El mecanismo que Friedman sugería para entender el fenómeno era la ilusión monetaria por parte de los trabajadores. Con este argumento puso a las expectativas en el centro de la escena, haciendo una contribución decisiva para el desarrollo de la macroeconomía.

Esto preparó el terreno para la segunda ola de la economía de los nuevos clásicos: la revolución de las expectativas racionales. En una serie de artículos muy influyentes, Robert Lucas extendió el argumento de Friedman. En su *Econometric Policy Evaluation: A Critique*, Lucas (1976) argumentó que los modelos keynesianos

This content downloaded from 187.141.66.38 on Tue, 2 Apr 2013 17:41:30 PM
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

convencionales eran inútiles para el análisis de políticas pues fallaban en considerar seriamente a las expectativas; como consecuencia de ello, los parámetros sobre los que se basaban estos modelos podían alterarse si se implementaba una política alternativa. También Lucas (1973) propuso una teoría del ciclo económico fundada en los supuestos de información imperfecta, expectativas racionales y *market clearing*. En esta teoría, la política monetaria sólo tiene relevancia en tanto y en cuanto sorprende a la gente y la confunde acerca de los precios relativos. Barro (1977) presentó evidencia de que este modelo era consistente con datos de series de tiempo de los Estados Unidos. Sargent y Wallace (1975) llaman la atención acerca de una implicación clave para el diseño de políticas: puesto que es imposible sorprender sistemáticamente a las personas racionales, la política monetaria sistemática dirigida a estabilizar la economía está condenada al fracaso.

La tercera ola de economía de los nuevos clásicos fueron las teorías del *Real Business Cycle* de Kydland y Prescott (1982) y Long y Plosser (1983). Al igual que las teorías de Friedman y Lucas, fueron construidas bajo el supuesto de que los precios ajustan instantáneamente para equilibrar los mercados, una diferencia radical respecto de las teorías keynesianas. Pero a diferencia de los nuevos clásicos que los habían precedido, la teoría del *Real Business Cycle* no otorgaba rol alguno a la política monetaria –fuera o no imprevista– en la explicación de las fluctuaciones económicas. El énfasis se colocaba más bien en el papel de los *shocks* aleatorios de tecnología y la sustitución intertemporal entre consumo y ocio que estos *shocks* inducían.

Como resultado de las tres olas de economía de los nuevos clásicos, el campo de la macroeconomía se volvió mucho más riguroso y más intensamente relacionado a las herramientas de la microeconomía. Los modelos del *Real Business Cycle* eran ejemplos específicos y dinámicos de la teoría del equilibrio general de Arrow-Debreu. De hecho, éste fue uno de sus aspectos más "vendedores". Con el paso del tiempo, los partidarios de esta perspectiva se han ido alejando del supuesto de que el ciclo económico está determinado por fuerzas reales y no por fuerzas monetarias, y han comenzado a subrayar sobre todo las contribuciones metodológicas de sus trabajos. Hoy en día, muchos macroeconomistas de tradición "nuevo clásica"[2] aceptan sin problemas el supuesto keynesiano de *sticky prices* (precios inflexibles a la baja) siempre y cuando este supuesto esté incluido en un modelo adecuadamente riguroso en el cual los agentes económicos sean racionales y previsores. Debido a este cambio en el énfasis, la terminología ha evolucionado y este tipo de trabajos habitualmente se categoriza dentro de una teoría de "equilibrio general dinámico estocástico". Pero me estoy adelantando a la historia.

Al momento en que las tres olas "nuevo clásicas" estaban llegando a las orillas en los años setenta y ochenta, uno de sus objetivos principales era atacar los antiguos modelos macroeconométricos keynesianos tanto en sus aspectos científicos como ingenieriles. En su artículo "Después de la macroeconomía keynesiana", Sargent y Lucas (1979) escribieron: "Para las políticas públicas, el hecho central es que las recomendaciones keynesianas no tienen una base más sólida, en un sentido científi-

[2] N.del T.: "nuevos clásicos" se diferencia de "neoclásicos", ya que esta última definición incluye además a buena parte de los aquí referidos como "keynesianos".

This content downloaded from 187.141.66.38 on Tue, 2 Apr 2013 17:41:30 PM
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

co, que las recomendaciones de economistas no keynesianos o, para el caso, no economistas". A pesar de que Sargent y Lucas creían que la ingeniería keynesiana estaba basada en una ciencia defectuosa, sabían asimismo que la escuela de los nuevos clásicos no tenía todavía (alrededor de 1979) un modelo que estuviese listo para ser llevado a Washington: "Consideramos a los mejores modelos de equilibrio ahora existentes como prototipos de futuros modelos mejores, que, esperamos, resultarán de uso práctico en la formulación de políticas". Se aventuraron también en decir que dichos modelos estarían disponibles "en diez años, si tenemos suerte". Volveré más tarde sobre la cuestión de si estas conjeturas se materializaron tal como ellos lo esperaban.

Como estas citas sugieren, quienes estaban involucrados en el movimiento de los nuevos clásicos no eran tímidos acerca de sus intenciones ni modestos acerca de sus logros. Lucas ofreció una constatación contundente en un artículo de 1980 titulado "La muerte de la economía keynesiana": "No se puede encontrar un buen economista menor de cuarenta años que se identifique a sí mismo o a su trabajo como 'keynesiano'. De hecho, la gente se ofende si se lo refiere como 'keynesiano'. En seminarios de investigación, la gente ya no toma seriamente la teoría keynesiana; el público empieza a murmurar y a sonreírse". Sin embargo, en momentos en que Lucas escribía alegremente el obituario de la economía keynesiana, la profesión estaba por recibir la llegada de una generación de "nuevos keynesianos".

Los nuevos keynesianos

Los economistas atraídos por el enfoque keynesiano del ciclo económico siempre se han sentido incómodos por la cuestión de los microfundamentos. Por ejemplo, un artículo de 1946 de Klein, uno de los primeros en usar el término "macroeconomía", comienza de la siguiente manera: "Muchos de los modelos matemáticos de sistemas económicos recientemente construidos, especialmente de teorías del ciclo económico, están muy débilmente relacionados con el comportamiento de las familias o firmas que deben ser la base de todas las teorías del comportamiento económico". Todos los economistas modernos son, en cierto modo, clásicos. Todos les enseñamos a nuestros estudiantes acerca de la optimización, el equilibrio y la eficiencia de mercado. Cómo reconciliar estas dos visiones de la economía –una fundada en la mano invisible de Adam Smith y las curvas de oferta y demanda de Alfred Marshall, la otra fundada en el análisis de Keynes de una economía que sufre de una demanda agregada insuficiente– ha sido una cuestión central e insistentemente planteada desde que la macroeconomía se volvió un área separada de estudio.

Los primeros keynesianos como Samuelson, Modigliani y Tobin, creyeron haber reconciliado estas dos visiones en lo que a veces se llama "síntesis neoclásico-keynesiana". Estos economistas creían que la teoría clásica de Smith y Marshall estaba en lo cierto en el largo plazo, pero que la mano invisible podía quedar paralizada en el corto plazo descrito por Keynes. El horizonte temporal importaba porque algunos precios –principalmente el precio de la fuerza de trabajo– se ajustaban lentamente y con dificultad a lo largo del tiempo. Los primeros keynesianos creían que los modelos clásicos describían el equilibrio hacia el cual la economía avanzaba en forma gradual, pero que los modelos keynesianos ofrecían una mejor descripción de

This content downloaded from 187.141.66.38 on Tue, 2 Apr 2013 17:41:30 PM
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

la economía para períodos de tiempo en los cuales era razonable considerar a los precios como predeterminados.

La síntesis neoclásico-keynesiana es coherente, si bien es también vaga e incompleta. Mientras que los nuevos clásicos respondían a estos defectos con el rechazo completo de la síntesis a los efectos de comenzar todo desde cero, los nuevos keynesianos pensaban que había mucho para conservar. Su objetivo fue usar las herramientas de la microeconomía para darle una mayor precisión al incómodo compromiso que habían encontrado los primeros keynesianos. La síntesis neoclásico-keynesiana era como una casa construida en los años cuarenta: los nuevos clásicos observaban sus sistemas obsoletos y concluían que había que demolerla, mientras que los nuevos keynesianos admiraban en ella su orfebrería de calidad y la recibían como la oportunidad para emprender una gran renovación.

La primera ola de investigación que se puede llamar apropiadamente "nuevo keynesiana" fue aquella que se ocupó acerca del desequilibrio general (Barro y Grossman, 1971; Malinvaud, 1977). Estas teorías buscaban usar las herramientas del equilibrio general para entender la asignación de recursos que resulta de una situación en la que los mercados no se equilibran. Los salarios y los precios eran tomados como fijos y predeterminados. El foco estaba en cómo la falla en el equilibrio de un mercado tiene influencias en la oferta y demanda de otros mercados relacionados. De acuerdo con estas teorías, la economía se puede encontrar en uno de diversos regímenes, dependiendo de cuáles sean los mercados que están experimentando excesos de oferta y cuáles sean los que están experimentando excesos de demanda. El régimen más interesante –en el sentido de que es el que mejor se corresponde con lo que observamos en períodos de recesión– es el llamado régimen "keynesiano" en el cual tanto el mercado de bienes como el de trabajo están en exceso de oferta. En el régimen keynesiano, el desempleo aumenta pues la demanda de trabajo es demasiado baja como para asegurar el pleno empleo a los salarios vigentes; la demanda de trabajo es baja porque las empresas no pueden vender todo lo que quieren a los precios vigentes; y la demanda de bienes es inadecuada porque muchos potenciales compradores están desempleados. Las recesiones y depresiones resultan de un círculo vicioso de demanda insuficiente, y en esas condiciones un estímulo a la demanda puede tener efectos multiplicadores.

La segunda ola de investigación "nuevo keynesiana" buscó explorar cómo el concepto de expectativas racionales podía ser usado en modelos que no partían del supuesto del equilibrio en todos los mercados. Hasta un cierto punto, esto respondía a la conclusión de Sargent y Wallace acerca de la irrelevancia de la política monetaria, al mostrar cómo la política monetaria sistemática podía estabilizar, potencialmente, a la economía a pesar de las expectativas racionales (Fischer, 1977). Hasta cierto punto, estaba motivada por el deseo de encontrar un modelo empíricamente realista de la dinámica inflacionaria (Taylor, 1980). El talón de Aquiles de esta corriente de investigación fue que asumía una forma de contratos laborales que, a pesar de ser justificable desde un punto de vista empírico, era difícil de encuadrar en los principios macroeconómicos.

Debido a que mucha de la tradición keynesiana estuvo basada en la premisa de que los salarios y los precios fallaban en equilibrar los mercados, la tercera ola de investigación "nuevo keynesiana" buscó explicar porqué esa falla ocurría. Varias hi-

This content downloaded from 187.141.66.38 on Tue, 2 Apr 2013 17:41:30 PM
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

pótesis fueron exploradas: que las firmas enfrentan "costos de menú" cuando deciden cambiar sus precios; que las firmas pagan "salarios de eficiencia", por arriba de los valores que equilibran el mercado, para aumentar la productividad de los trabajadores; y que quienes deciden precios y salarios se desvían de la racionalidad perfecta. Mankiw (1985) y Akerlof y Yellen (1985) hicieron notar que cuando las firmas tienen poder de mercado, existen grandes diferencias entre los cálculos de costo/beneficio sociales y privados en lo que al ajuste de precios se refiere, de modo que un equilibrio de *sticky-prices* (precios rígidos) podía ser racional (o casi racional) privadamente pero muy costoso socialmente. Blanchard y Kiyotaki (1987) mostraron que parte de esta divergencia entre incentivos sociales y privados resulta de una externalidad proveniente de la demanda agregada: cuando una firma reduce sus precios, aumenta la cantidad real de dinero y por lo tanto la demanda de productos de otras firmas. Ball y Romer (1990) establecieron que existe una fuerte complementariedad entre rigideces monetarias y reales, de modo que cualquier motivo para evitar cambios en los precios relativos solamente exacerbaría la lentitud en el ajuste de los precios nominales.

Vistas retrospectivamente, estas contribuciones de los nuevos keynesianos eran mucho más complementarias y estaban más relacionadas entre sí que lo que en ese momento parecía, incluso para quienes trabajaban en ellas. Por ejemplo, es tentador ver a los primeros trabajos acerca del desequilibrio general como un camino sin salida: un programa de investigación que sembró las semillas de su propia defunción al asumir a los precios como predeterminados. Y, de hecho, estos trabajos difícilmente se encuentren en las listas de lecturas hoy en día. No obstante, se puede observar en ellos la acumulación de una serie de ideas relacionadas acerca de cómo la economía funciona cuando los precios no se acomodan instantáneamente para balancear la oferta y la demanda.

Existe, por ejemplo, una interesante pero raramente percibida relación entre la primera y la tercera ola de economía "nuevo keynesiana". En particular, puede verse a la tercera ola como la que establece la centralidad del régimen keynesiano ya iluminado por la primera ola. Cuando las firmas tienen poder de mercado, colocan precios por arriba del costo marginal, de modo que siempre querrán vender más a los precios vigentes. En un sentido, si todas las firmas tienen algún grado de poder de mercado, entonces el mercado de bienes está típicamente en un estado de exceso de oferta. Esta teoría del mercado de bienes se conjuga comúnmente con una teoría del mercado de trabajo con salarios que se encuentran por arriba del equilibrio, como en el modelo de "salarios de eficiencia". En este caso el régimen "keynesiano" de exceso generalizado de oferta no es solamente uno de los tantos estados posibles que se pueden verificar en una economía, sino el más típico.

A mi juicio, estas tres olas de investigación "nuevo keynesiana" agregaron una coherente teoría microeconómica a la falla en el funcionamiento de la mano invisible en los fenómenos macroeconómicos de corto plazo. Actualmente, entendemos cómo interactúan los mercados cuando hay rigideces de precios, el rol que cumplen las expectativas, y los incentivos que enfrentan quienes deciden los precios al tener que optar por ajustarlos o no. Desde un punto de vista científico, esta investigación fue muy exitosa (aunque, como participante de la misma, no puedo ser enteramente objetivo). No produjo resultados revolucionarios, pero tampoco buscaba hacerlo. En

This content downloaded from 187.141.66.38 on Tue, 2 Apr 2013 17:41:30 PM
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

verdad, fue una empresa contrarrevolucionaria: su objetivo fue defender la esencia de la síntesis neoclásico-keynesiana del ataque de los nuevos clásicos.

¿Fue esta corriente de investigación también exitosa desde un punto de vista "ingenieril"? ¿Ayudó a los *policymakers* a diseñar mejores políticas para afrontar el ciclo económico? El juicio es aquí menos positivo, un asunto sobre el cual volveré enseguida.

Es interesante constatar que los nuevos keynesianos estaban, por temperamento, mucho más inclinados a volverse ingenieros macroeconómicos que los economistas trabajando dentro de la corriente "nuevo clásica". Entre los líderes de la escuela de los nuevos clásicos, ninguno (hasta donde yo sé) ha dejado la vida académica para tomar algún empleo importante en las políticas públicas. Por el contrario, el movimiento de los nuevos keynesianos, como la primera generación keynesiana, estaba lleno de personas que cambiarían unos años en la torre de marfil por una estadía en la capital del país. Como ejemplos puede mencionarse a Stanley Fischer, Larry Summers, Joseph Stiglitz, Janet Yellen, John Taylor, Richard Clarida, Ben Bernanke y yo mismo. Los primeros cuatro economistas estuvieron en Washington durante los años de Bill Clinton; los últimos cuatro durante los años de George W. Bush. La división de los economistas entre nuevos clásicos y nuevos keynesianos no es, básicamente, entre la derecha y la izquierda políticas. En un sentido más amplio, es una división entre científicos puros e ingenieros económicos.

Digresión y sarcasmo

Las dimensiones teóricas y empíricas del crecimiento económico de largo plazo están fuera del alcance de este ensayo, pero vale la pena hacer notar que estos asuntos han ocupado mucho de la atención de los macroeconomistas durante la década de los noventa. Estas cuestiones redirigieron la atención de la disciplina hacia fuera de las fluctuaciones de corto plazo, tema que había dominado a la macroeconomía desde su nacimiento medio siglo antes.

Hay varias razones para el surgimiento del crecimiento como área importante de investigación. Ante todo, una serie de influyentes artículos de Paul Romer (1986) y otros ofreció un nuevo conjunto de ideas y herramientas para el análisis del que es uno de los tópicos más apremiantes en la economía: la gran brecha entre países ricos y pobres. En segundo lugar, se dispuso de nueva información para un universo más amplio de países que permitió un análisis sistemático de la validez de teorías alternativas (Summers and Heston, 1991). En tercer lugar, la economía estadounidense en los años noventa estaba experimentando el período más largo de expansión en toda su historia. De la misma manera que los primeros keynesianos fueron atraídos al campo de la macroeconomía debido a la relevancia inmediata que ello tenía hacia la salud de la nación, la economía de los años noventa sugirió a esa nueva generación de estudiosos que el ciclo económico ya no tenía una gran importancia práctica.

Hay también una cuarta razón, más problemática, por la que los noveles macroeconomistas de los noventa fueron atraídos por el estudio del crecimiento de largo plazo en vez de las fluctuaciones de corto plazo: la tensión entre las cosmovisiones de los nuevos clásicos y los nuevos keynesianos. Mientras que Lucas,

This content downloaded from 187.141.66.38 on Tue, 2 Apr 2013 17:41:30 PM
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

el economista líder de los nuevos clásicos, proclamaba que "la gente ya no toma seriamente la teoría keynesiana", importantes keynesianos eran igualmente condescendientes con sus colegas "nuevo clásicos". En el discurso presidencial de la AEA (American Economic Association), Solow (1980) llamó "torpemente restrictiva" a la decisión de los nuevos clásicos de desechar, por medio de un supuesto, la existencia de rigideces en precios y salarios y la posibilidad de que los mercados no se vaciasen. Dijo: "recuerdo haber leído una vez que todavía no se comprende como hace la jirafa para bombear la suficiente sangre hasta su cabeza; pero es difícil imaginar que, por ello, alguien podría concluir que las jirafas no tienen cuellos largos".

En una entrevista con Arjo Klamer (1984) algunos años más tarde, Lucas afirmaba: "No creo que Solow, en particular, haya alguna vez intentado abordar cualquiera de estos asuntos de otra manera que haciendo chistes". En su propia entrevista en el mismo libro, Solow explicaba su escasa disposición a relacionarse con los nuevos clásicos: "Suponga que alguien se sienta allí donde usted está sentado ahora y me anuncia que es Napoleón Bonaparte. Lo último que haría yo con él sería trabar una discusión acerca de las tácticas de caballería de la batalla de Austerlitz. Si lo hago, estoy viéndome tácitamente involucrado en el juego de que él es Napoleón Bonaparte".

Hasta un cierto punto esta disputa refleja las diferentes perspectivas de los protagonistas acerca del objetivo del campo de estudios. Lucas parece quejarse de que Solow no aprecia el mayor rigor analítico que la macroeconomía de los nuevos clásicos ofrece. Solow parece quejarse de que Lucas no reconoce la evidente falta de realismo de sus supuestos de que los mercados están siempre en equilibrio. Los dos tienen una cuota de razón: desde el punto de vista de la ciencia, el mayor rigor que ofrece la escuela de los nuevos clásicos tiene mucho atractivo, pero desde el punto de vista de la ingeniería, el costo de este mayor rigor parece ser más de lo que se puede tolerar.

Me extiendo acerca de la naturaleza de este debate no solamente porque refleja las tensiones subyacentes entre científicos e ingenieros sino también porque ayuda a explicar las decisiones tomadas por la siguiente generación de economistas. Semejante virulencia en la discusión entre gigantes intelectuales atrae la atención (de la misma manera que los clientes de un bar se juntan alrededor de una riña, alentando a los participantes). Pero no fue saludable para la macroeconomía. No sorprende, entonces, que muchos economistas jóvenes decidieran evitar tomar parte por alguno de los bandos en pugna y cambiaran el foco de su atención desde las fluctuaciones económicas hacia otros tópicos.

Una nueva síntesis ¿o una tregua?

Un viejo refrán dice que la ciencia progresa funeral a funeral. Hoy en día, con los beneficios de una mayor esperanza de vida, sería más preciso (aunque menos vívido) decir que la ciencia progresa jubilación tras jubilación. En la macroeconomía, al tiempo que la generación más vieja de protagonistas se ha jubilado o se acerca a la jubilación, está siendo reemplazada por una generación joven de macroeconomistas que han adoptado una cultura de mayor civilidad. En particular, ha surgido un nuevo

This content downloaded from 187.141.66.38 on Tue, 2 Apr 2013 17:41:30 PM
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

consenso acerca de la mejor manera de entender las fluctuaciones económicas. Marvin Goodfriend and Robert King (1997) han llamado a esta visión consensuada "la nueva síntesis neoclásica". La modelización de esta síntesis ha sido ampliamente usada en investigación acerca de política monetaria (Clarida, Gali y Gertler, 1999, y McCallum y Nelson, 1999). El tratamiento más extendido de esta nueva síntesis es el monumental (en ambos sentidos de la palabra) tratado de Michael Woodford (2003).

Al igual que la síntesis neoclásico-keynesiana de la primera generación, esta nueva síntesis busca unir las fortalezas de los enfoques rivales que la han precedido. De los modelos de los nuevos clásicos, toma las herramientas de la teoría del equilibrio general dinámico estocástico. Preferencias, restricciones y optimización son el punto de partida, y el análisis se construye a partir de estos fundamentos macroeconómicos. De los modelos de los nuevos keynesianos, toma las rigideces nominales y las usa para explicar por qué la política monetaria tiene efectos reales en el corto plazo. El enfoque más común es asumir la existencia de firmas en competencia monopolística que cambian los precios sólo intermitentemente, resultando en una dinámica de precios a veces llamada la curva de Phillips "nuevo keynesiana". El centro de esta síntesis es la visión de que la economía es un sistema de equilibrio general dinámico que se desvía del óptimo de Pareto debido a los *sticky-prices* (y quizás una variedad de otras imperfecciones de mercado).

Es tentador describir al surgimiento de este consenso como un gran progreso. De algún modo lo es. Pero hay también una manera menos optimista de ver el actual estado de cosas. Quizás lo que ha ocurrido no es tanto una síntesis sino una tregua entre combatientes intelectuales seguido por una retirada que permite a ambos bandos salvar la cara. Tanto los nuevos clásicos como los nuevos keynesianos pueden contemplar esta nueva síntesis y reclamar para sí algún grado de triunfo, soslayando al mismo tiempo la derrota más profunda que yace debajo de la superficie.

El centro de esta nueva síntesis –un sistema de equilibrio general dinámico con rigideces nominales– es precisamente lo que uno encuentra en los primeros modelos keynesianos. Hicks propuso el modelo IS-LM, por ejemplo, en un intento de enmarcar las ideas de Keynes dentro de un contexto de equilibrio general. (Recuerden que Hicks ganó el premio Nobel de 1972 junto a Kenneth Arrow por sus contribuciones a la teoría del equilibrio general). Klein, Modigliani y otros constructores de modelos buscaban acercar ese sistema de equilibrio general a los datos empíricos y diseñar mejores políticas. En un sentido más amplio, esta nueva síntesis toma la agenda de investigación que la profesión había abandonado a instancias de los nuevos clásicos en los años setenta.

En una mirada retrospectiva, está claro que los economistas nuevos clásicos prometieron más de lo que dieron. Su objetivo confeso era desechar la teoría keynesiana y reemplazarla con modelos de equilibrio de mercado que podrían ser llevados a los datos empíricos y luego usados para el análisis de políticas. Juzgado con ese criterio, el movimiento fracasó. Sin embargo, ayudó a crear herramientas analíticas que hoy en día están siendo utilizadas para desarrollar otra generación de modelos que asumen *sticky-prices* y que, en muchas maneras, se asemejan a los modelos contra los que los nuevos clásicos luchaban.

Los nuevos keynesianos pueden reclamar un cierto grado de reivindicación aquí. La nueva síntesis desecha el supuesto de que los mercados se encuentran

This content downloaded from 187.141.66.38 on Tue, 2 Apr 2013 17:41:30 PM
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

siempre en equilibrio que Solow llamaba "torpemente restrictivo" y que la investigación "nuevo keynesiana" en *sticky-prices* buscaba socavar. De todas maneras los nuevos keynesianos pueden ser criticados por haber sido tomados por el anzuelo de los nuevos clásicos y, como resultado, siguieron un programa de investigación que resultó ser demasiado abstracto e insuficientemente práctico. Paul Krugman (2000) ofrece esta evaluación del programa de investigación de los nuevos keynesianos: "Ahora es posible explicar cómo puede tener lugar la rigidez de precios *(price-stickiness)*. Pero en verdad no parecen estar próximos tanto predicciones útiles acerca de cuándo ocurre y cuándo no como modelos que partan de costos de menú y concluyan en una realista curva de Phillips". Aun como proponente de esta línea de trabajo, tengo que admitir que hay algo de verdad en esta evaluación.

La visión desde el Banco Central

Si Dios puso a los macroeconomistas en la tierra para resolver problemas prácticos, entonces San Pedro nos juzgará en última instancia por nuestras contribuciones a la ingeniería económica. Hagamos entonces la siguiente pregunta: ¿los desarrollos de la teoría del ciclo económico de las últimas décadas han mejorado el diseño de las políticas económicas? O, para tener una meta más modesta: ¿los avances llevados a cabo en la ciencia macroeconómica han cambiado el análisis y la discusión de la política económica entre los economistas profesionales involucrados en el diseño de políticas?

Un lugar donde encontrar alguna evidencia que permita responder estas preguntas son las encantadoras memorias de Lawrence Meyer's *A Term at the Fed.* En 1996 Meyer dejó su trabajo como profesor de economía en la Washington University y como importante consultor económico para trabajar por seis años como *governor* de la Reserva Federal. Su libro provee una oportunidad para conocer la visión que tienen acerca de su trabajo y los enfoques que toman para analizar la economía los economistas que están involucrados en las grandes decisiones de política monetaria.

El libro deja al lector con una impresión clara: los desarrollos recientes en la teoría del ciclo económico, promovidos tanto por los nuevos clásicos como por los nuevos keynesianos, han tenido un impacto casi nulo en la práctica de la política económica. El análisis de Meyer de las fluctuaciones económicas y la política monetaria es inteligente y matizado, pero no muestra huella alguna de teoría macroeconómica moderna. Como tal, parece producido por alguien que fue educado en la síntesis neoclásico-keynesiana que prevalecía alrededor de 1970 y que ignoró toda la literatura académica generada a partir de ese momento. La cosmovisión de Meyer sería fácil de descartar por obsoleta si se tratara de un caso excepcional; pero el hecho es que no lo es y que, en rigor, es típica de los economistas que han ocupado altas posiciones en los bancos centrales del mundo.

Está de moda entre los académicos creer que el manejo de los bancos centrales ha estado fuertemente influido por la literatura de "reglas *vs.* discrecionalidad", particularmente, por el trabajo acerca de la inconsistencia temporal que comenzó con Kydlan y Prescott (1977). Hay dos cambios institucionales que muchas veces son atribuidos a estas contribuciones académicas: la mayor independencia de los

This content downloaded from 187.141.66.38 on Tue, 2 Apr 2013 17:41:30 PM
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

bancos centrales en países como Nueva Zelanda y la adopción de metas de inflación como régimen de política monetaria en muchos bancos centrales alrededor del mundo. Estos cambios institucionales se asocian, a su vez, a las mejoras en la política monetaria. De acuerdo a esta línea de argumentación, tendríamos que agradecer a Kydland y Prescott por la inflación baja y estable que muchos países han disfrutado en las últimas dos décadas.

Esta visión complaciente tiene dos problemas. El primero es que los cambios institucionales que se han observado están muy débilmente conectados con los temas que han surgido en la literatura teórica. Un banco central independiente no es lo mismo que un banco central atado a reglas. La Reserva Federal de Estados Unidos ha tenido históricamente un alto grado de independencia sin haberse comprometido a algún tipo de regla consistente de políticas. E inclusive el régimen de metas de inflación está más cercano a ser una carta de intención y una manera de comunicarse con el público que a un compromiso de seguir una regla de políticas. Ben Bernanke (2003) lo llamó "discrecionalidad restringida".

El segundo problema, más significativo, es que los cambios institucionales no están necesariamente ligados a las mejoras que se han observado en la política monetaria. Lawrence Ball y Niamh Sheridan (2005) analizan una gran muestra de países y observan que la adopción de metas de inflación no ayuda a explicar el reciente movimiento hacia una inflación baja y estable. La política monetaria ha mejorado tanto en los países que han adoptado metas de inflación como en aquellos que no lo han hecho. Esta mejora mundial en la inflación puede deberse a que la economía mundial no ha tenido que lidiar con *shocks* de oferta tan adversos como los experimentados en los años setenta o a que los presidentes de los bancos centrales han aprendido de la experiencia de los años setenta que la alta inflación debe ser evitada por todos los medios. Lo cierto es que la evidencia disponible muestra que las metas de inflación no son un prerrequisito para una buena política monetaria.

La Reserva Federal durante el período de Alan Greenspan es un caso ejemplar para ilustrar este punto. De acuerdo con Alan Blinder y Ricardo Reis (2005), Greenspan tiene el justo derecho a ser considerado "el mayor banquero central que ha alguna vez existido". De hecho, en todo respecto, la política monetaria funcionó notablemente bien durante su paso por la institución. De todas maneras, a lo largo de su estadía en la presidencia de la *Fed* Greenspan siempre evitó anunciar cualquier tipo de regla de políticas, valorando la flexibilidad por sobre cualquier compromiso. Así es como Greenspan (2003) defendía su elección: "Algunos críticos han argumentado que dicho enfoque de la política es demasiado indisciplinado: subjetivo, algo discrecional y difícil de explicar. La Reserva Federal, dicen algunos, debe tratar de ser más formal en su operación atando sus acciones solamente a las prescripciones de una regla formal de políticas. Que algún tipo de enfoque que siga estas indicaciones lleve a una mejora en el desempeño económico es, sin embargo, altamente dudoso... Las reglas por su naturaleza son simples, y cuando existen incertidumbres cambiantes y significativas en el ambiente económico, no pueden ser sustitutos de paradigmas de gestión de riesgos que son mucho más adaptables para llevar adelante la política económica". Ahora bien, a pesar de la aversión de Greenspan a las reglas de política, la inflación fue baja y estable durante su mandato como presidente de la *Fed*. Contradiciendo a Kydland y Prescott, la gestión de Greenspan prueba que los ban-

This content downloaded from 187.141.66.38 on Tue, 2 Apr 2013 17:41:30 PM
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

cos centrales pueden producir resultados muy deseables ejerciendo sustanciales poderes discrecionales.

La visión desde la política fiscal

Otro lugar para observar el impacto práctico de la teoría macroeconómica es el análisis de la política fiscal. Los recortes impositivos de George W. Bush en 2001 y 2003 nos proveen de un buen caso de estudio, en parte porque son un intento reciente de combatir una recesión con un gran estímulo fiscal, y en parte porque, como presidente del *Council of Economic Advisers* por dos años, estoy familiarizado con el análisis económico en el que se basó esa política. En realidad hay muchos motivos que explican el diseño de la política impositiva de Bush. La ampliación de las desgravaciones por familia, por ejemplo, estuvo tan enraizada en la política y en la filosofía social como en la economía. Pero economistas en el CEA y en el Tesoro tuvieron una influencia sustancial en la puesta en marcha de la política, de modo que considerar con qué herramientas realizaron su trabajo es provechoso.

El análisis económico del plan impositivo de Bush fue hecho con un ojo puesto en el crecimiento de largo plazo y con el otro en el ciclo económico de corto plazo. La perspectiva de largo plazo es familiar para los estudiantes de finanzas públicas. Más aún, Bush propuso en 2003 la eliminación de la doble imposición sobre los ingresos provenientes de capital corporativo. El proyecto final de ley aprobado por el congreso no cumplió completamente con este objetivo; de todos modos, la reducción sustancial en el porcentaje de impuestos sobre los dividendos se movió en la dirección de una mayor neutralidad impositiva, reduciendo el sesgo hacia la retención de utilidades por sobre los dividendos, el sesgo hacia la deuda por sobre las acciones de interés variable (*equity finance)* y el sesgo hacia capital no-corporativo por sobre el corporativo. También reorientó el sistema impositivo en la dirección de imponer tributos más sobre el consumo que sobre el ingreso. Este último objetivo es consistente con una acreditada literatura sobre finanzas públicas (por ejemplo, Diamond y Mirrlees 1971, Atkinson y Stiglitz 1976, Feldstein 1978, Chamley 1986) y no es un asunto particularmente nuevo en la teoría económica. Tres décadas atrás, Atkinson y Stiglitz advirtieron, ya entonces, que existía un "consenso muy compartido a favor de la imposición al consumo en lugar de la imposición a los ingresos".

Más relevante para este ensayo fue, sin embargo, el análisis de corto plazo de la política impositiva. Cuando el presidente George W. Bush asumió su cargo en 2001, la economía estaba encaminándose hacia a una recesión después del estallido de la burbuja del mercado de acciones de fines de los noventa. Cuando el presidente Bush firmó el *Jobs and Growth Tax Relief Reconciliation Act* de 2003, explicó esta decisión de política de la siguiente manera: "Cuando la gente tiene más dinero, puede gastarlo en bienes y servicios. Y en nuestra sociedad, cuando demandan un bien o un servicio adicional, alguien va a producir ese bien o servicio. Y cuando alguien produce ese bien o servicio, significa que alguien tendrá mayores posibilidades para encontrar un trabajo". La lógica de este argumento es esencialmente keynesiana.

El gobierno le solicitó al *Council of Economic Advisers* que cuantificara cuánto iba a afectar al empleo el recorte impositivo. Nosotros respondimos a este pedido usando un modelo macroeconométrico estándar. El modelo específico que usamos mientras estuve allí fue el administrado por *Macroeconomic Advisers*, la firma de

This content downloaded from 187.141.66.38 on Tue, 2 Apr 2013 17:41:30 PM
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

consultoría creada y dirigida por Lawrence Meyer antes de que fuese *governor* de la *Fed*. Este modelo ya venía siendo utilizado por el staff del CEA desde mucho antes de mi llegada como presidente y, de hecho, había sido utilizado a lo largo de casi dos décadas bajo gestiones tanto republicanas como demócratas. La elección de este modelo en particular no es crucial, de todas maneras, porque el modelo de *Macroeconomic Advisers* es similar a otros grandes modelos macroeconométricos como el FRB/US utilizando por la Reserva Federal. Desde el punto de vista de su historia intelectual, estos modelos son descendientes directos de los primeros intentos de modelización de Klein, Modigliani y Eckstein. En verdad, la investigación llevada a cabo por nuevos clásicos y nuevos keynesianos ha tenido una influencia mínima en la construcción de estos modelos.

El mundo real de las políticas macroeconómicas puede ser desalentador para aquellos de nosotros que hemos pasado gran parte de nuestras carreras en la academia. La triste verdad es que la investigación macroeconómica de las últimas tres décadas ha tenido un impacto limitado en el análisis práctico de las políticas fiscales y monetarias. Esta explicación no significa que los economistas que operan en el terreno de las políticas ignoren los últimos desarrollos. Al contrario: el staff de la Reserva Federal incluye a los mejores Ph.D's jóvenes y el *Council of Economic Advisers* bajo las gestiones demócrata y republicana ha atraído a muchos talentos de las universidades de investigación más importantes del país. El hecho de que la investigación macroeconómica moderna no sea tenida en cuenta en el diseño práctico de políticas es *prima facie* una evidencia de que es poco útil para estos fines. La investigación puede haber sido exitosa desde un punto de vista científico, pero no ha contribuido en forma significativa a la ingeniería macroeconómica.

En el aula

Más allá de los pasillos del poder en las capitales del mundo, hay otro lugar donde la profesión del economista trata de vender sus mercancías a una audiencia más amplia: el aula de los estudiantes de grado. Quienes enseñamos regularmente a estudiantes de grado concebimos nuestro trabajo como la producción de ciudadanos que estén informados acerca de los principios de una buena política. Nuestra selección del material de estudio está guiada por lo que consideramos que es importante que entienda la próxima generación de votantes.

Como ocurre con los *policymakers*, los estudiantes de grado tienen poco interés en la teoría por sí misma. En cambio, están interesados en comprender cómo funciona el mundo real y cómo las políticas públicas pueden mejorar el desempeño económico del país. Si exceptuamos los contados casos de estudiantes que piensan seguir estudios de doctorado y luego una carrera como economistas en el mundo académico, el estudiante de grado típico tiene la perspectiva de un ingeniero más que la de un científico. En consecuencia, es útil que reflexionemos acerca de lo que les enseñamos. Y no hay mejor lugar para hacerlo que revisando los contenidos de los más difundidos libros de texto para estudiantes de grado.

Consideremos, por ejemplo, los libros utilizados para enseñar macroeconomía a un nivel intermedio. Hace una generación, los tres libros más importantes para un curso de ese nivel eran el de Robert Gordon, el de Roberth Hall y John Taylor, y el de

This content downloaded from 187.141.66.38 on Tue, 2 Apr 2013 17:41:30 PM
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

Rudiger Dornbusch y Stanley Fischer. Hoy en día los tres libros que más venden son los escritos, respectivamente, por Olivier Blanchard, por Andrew Abel y Ben Bernanke, y por mí mismo. Lo que tienen de común cada uno de estos seis libros es haber sido escritos por al menos un economista con estudios de posgrado en el MIT, una importante escuela de ingeniería donde la tradición macroeconómica dominante fue la de Samuelson y Solow. En todos estos libros, la teoría básica que se les enseña a los estudiantes de grado es alguna versión de demanda agregada y de oferta agregada, y la teoría básica de la demanda agregada es el modelo IS-LM. La misma conclusión se obtiene a través la lectura cuidadosa de los libros de texto para un nivel inicial de economía: en ellos las fluctuaciones económicas de corto plazo se entienden mejor utilizando alguna versión de la síntesis neoclásico-keynesiana.

Con estas observaciones no quisiera sugerir que la pedagogía se ha quedado estancada a medida que la disciplina fue evolucionando. Hoy en día, los manuales de macroeconomía ponen un énfasis mayor en la teoría monetaria clásica, en los modelos de crecimiento de largo plazo y en el rol de las expectativas, en comparación con los manuales en boga hace treinta años. Asimismo, se observa en ellos una menor confianza en lo que puede lograr la gestión política y un énfasis mayor en las reglas de política por sobre acciones discrecionales tanto monetarias como fiscales (a pesar de la falta de evidencia empírica sobre la importancia práctica de las reglas de política). Pero el marco básico que los estudiantes modernos aprenden para comprender el ciclo económico es uno que sería familiar a la primera generación de keynesianos.

La excepción que prueba la regla es el manual de nivel intermedio escrito por Robert Barro, publicado por primera vez en 1984. El libro de Barro proveyó una clara y accesible introducción al enfoque macroeconómico de los nuevos clásicos apuntado a los estudiantes de grado. Los modelos keynesianos estaban incluidos pero se trataban al final del libro, en forma breve y con muy poco énfasis. Cuando el libro salió a la venta, recibió una gran atención y fue bienvenido. Sin embargo, mientras muchos macroeconomistas leían el libro de Barro y quedaban impresionados por él, fueron muy pocos los que lo eligieron para sus estudiantes. La revolución de los nuevos clásicos en el campo de la pedagogía que Barro esperaba inspirar nunca logró ponerse en marcha; su libro no llegó a representar una significativa competencia para los libros de texto dominantes en esa época.

La ausencia de una revolución en la pedagogía de la macroeconomía está en abierto contraste con lo que ocurrió hace medio siglo. Cuando el manual de Samuelson fue publicado por primera vez en 1948 con el objetivo de introducir a los estudiantes de grado en la revolución keynesiana, los profesores hicieron suyo rápida y cálidamente el nuevo enfoque. Por el contrario, las ideas de los nuevos clásicos y los nuevos keynesianos no han transformado significativamente el modo en que se les enseña macroeconomía a los estudiantes de grado.

Sin un dentista a la vista

John Maynard Keynes (1931) opinó, en una cita célebre, que "sería espléndido si los economistas pudiesen lograr ser considerados personas humildes y competentes al mismo nivel que los dentistas". Con estas palabras expresaba el deseo de

This content downloaded from 187.141.66.38 on Tue, 2 Apr 2013 17:41:30 PM
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

que la ciencia de la macroeconomía evolucionase hasta convertirse en una útil y rutinaria variante de ingeniería. En ese utópico futuro, evitar una recesión sería tan simple y directo como reparar una caries.

Los desarrollos más importantes en la macroeconomía académica de las últimas décadas se asemejan muy poco a la odontología. La investigación de los nuevos clásicos y los nuevos keynesianos ha tenido poco impacto en los macroeconomistas prácticos, encargados de la complicada tarea de llevar a cabo la política fiscal y monetaria. A su vez, ha tenido también poco impacto en lo que los profesores les enseñan a los futuros votantes acerca de política macroeconómica cuando entran al aula siendo estudiantes de grado. Desde el punto de vista de la ingeniería macroeconómica, el trabajo de las últimas décadas se parece bastante a un desafortunado giro intelectual.

De todas maneras, desde la perspectiva más abstracta de la ciencia macroeconómica, este trabajo puede ser visto bajo una luz más positiva. Los nuevos clásicos fueron exitosos en mostrar las limitaciones de los grandes modelos macroeconométricos keynesianos y las prescripciones de política basadas en dichos modelos. Asimismo, llamaron la atención sobre la importancia de las expectativas y las reglas de política. Entre tanto, los economistas "nuevo keynesianos" han ofrecido mejores modelos para explicar por qué los precios y los salarios fallan en equilibrar los mercados y, en términos más amplios, qué tipos de imperfecciones de mercado se necesitan para darle alguna lógica a las fluctuaciones económicas de corto plazo. La tensión entre estas dos visiones, a pesar de no ser siempre muy civilizada, puede haber sido productiva ya que la competencia es importante para el avance intelectual de la misma manera que lo es para el mercado.

Los aportes resultantes están siendo incorporados a la nueva síntesis que está en proceso y que finalmente será la base de la próxima generación de modelos macroeconométricos. Para quienes estamos interesados en la macroeconomía como ciencia y como ingeniería, la noticia de una nueva síntesis constituye una señal esperanzadora de que quizás sea posible lograr un progreso mayor en ambos frentes. Al mirar hacia adelante, la humildad y la competencia siguen siendo ideales a los que los macroeconomistas pueden y deberían aspirar.

Traducción de Iván Torre

This content downloaded from 187.141.66.38 on Tue, 2 Apr 2013 17:41:30 PM
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

BIBLIOGRAFÍA

AKERLOF, George A., y YELLEN, Janet L. (1985): "A Near-Rational Model of the Business Cycle with Wage and Price Inertia", *Quarterly Journal of Economics*. Suppl., 100, pp. 823-838.

ATKINSON, A. B., y STIGLITZ, J. E. (1976): "The Design of Tax Structure: Direct versus Indirect Taxation", *Journal of Public Economics* 6, pp. 55-75.

BALL, Laurence, y ROMER, David (1990): "Real Rigidities and the Non-Neutrality of Money", *Review of Economic Studies*. 57:2, pp. 183-203.

BALL, Laurence, y SHERIDAN, Niamh (2005): "Does Inflation Targeting Matter?", en Ben S. BERNANKE, y Michael WOODFORD (editores): *The Inflation-Targeting Debate*. University of Chicago Press.

BARRO, Robert (1977): "Unanticipated Money Growth and Unemployment in the United States", *American Economic Review*. Marzo, 67:2, pp.101-115.

BARRO, Robert J., y GROSSMAN, Herschel (1971): "A General Disequilibrium Model of Income and Employment", *American Economic Review*. Marzo, 61:1, pp. 82-93.

BERNANKE, Ben S. (2003): "Constrained Discretion and Monetary Policy", Remarks before the Money Marketeers of New York University, New York, New York, febrero 3.

BLANCHARD, Olivier Jean, y KIYOTAKI, Nobuhiro (1987): "Monopolistic Competition and the Effects of Aggregate Demand", *American Economic Review*. Setiembre, 77:4, pp. 647-666.

BREIT, William, y HIRSCH, Barry T. (2004): *Lives of the Laureates*, 4th edition, Cambridge, MA: MIT Press.

CHAMLEY, Christophe (1986): "Optimal Taxation of Capital Income in General Equilibrium with Infinite Lives", *Econometrica*. Mayo, 54:3, pp.607-622.

CLARIDA, Richard, GALI, Jordi , y GERTLER, Mark (1999): "The Science of Monetary Policy: A New Keynesian Perspective", *Journal of Economic Literature*. Diciembre, 37:4, pp. 1661-1707.

DIAMOND, Peter A., y MIRRLEES, James A. (1971): "Optimal Taxation and Public Production II: Tax Rules", *American Economic Review*. Junio, 61:3, pp. 261-278.

FELDSTEIN, Martin (1978): "The Welfare Cost of Capital Income Taxation", *Journal of Political Economy*. Abril, 86:2, Part 2, pp. S29-S51.

FISCHER, Stanley (1977): "Long-term Contracts, Rational Expectations, and the Optimal Money Supply Rule", *Journal of Political Economy*. Febrero, 85:1, pp. 191-205.

FRIEDMAN, Milton (1957): *A Theory of the Consumption Function*. Princeton, Princeton University Press.

FRIEDMAN, Milton (1968): "The Role of Monetary Policy", *American Economic Review*. Marzo, 58:1, pp. 1-17.

FREIDMAN, Milton, y SCHWARTZ, Anna Jacobson (1963): *A Monetary History of the United States, 1867-1960*. Princeton, Princeton University Press.

GARFIELD, Eugene (1990): "Who Will Win the Nobel Prize in Economics? Here a Forecast Based on Citation Indicators". Current Contents 11, Institute for Scientific Information.

GOODFRIEND, Marvin, y KING, Robert (1997): "The New Neoclassical Synthesis and the Role of Monetary Policy", *NBER Macroeconomics Annual*, pp. 231-283.

GREENSPAN, Alan (2003): "Monetary Policy under Uncertainty", Remarks at a symposium sponsored by the Federal Reserve Bank of Kansas City, Jackson Hole, Wyoming, agosto 29, 2003.

HICKS, John R. (1937): "Mr. Keynes and the 'Classics'", *Econometrica*. Abril, 5:2, pp. 147-59.

HUME, David (1752): "Of Money", en *Essays*. London, George Routledge and Sons.

KEYNES, John Maynard (1931): *Essays in Persuasion*. New York, Norton.

KLAMER, Arjo (1984): *Conversations with Economists*. Totowa, NJ, Rowman and Allanheld.

KLEIN, Lawrence R. (1946): "Macroeconomics and the Theory of Rational Behavior", *Econometrica*. Abril, 14:2, pp. 93-108.

KRUGMAN, Paul (2000): "How Complicated Does the Model Have to Be?", *Oxford Review of Economic Policy* 16, Nº 4, pp. 33-42.

KYDLAND, Finn, y PRESCOTT, Edward C. (1977): "Rules Rather Than Discretion: The Inconsistency of Optimal Plans", *Journal of Political Economy*. Junio, 85:3, pp. 473-492.

KYDLAND, Finn, y PRESCOTT, Edward C. (1982): "Time to Build and Aggregate Fluctuations", *Econométrica*. Noviembre, 50:6, pp. 1345-1371.

LONG, John. B. y PLOSSER, Charles (1983): "Real business cycles", *Journal of Political Economy*. Febrero 91:1, pp. 39-69.

LUCAS, Robert E, Jr. (1973): "Some International Evidence on Output-Inflation Tradeoffs", *American Economic Review*. Junio, 63:3, pp. 326-34.

LUCAS, Robert E., Jr. (1976): "Econometric Policy Evaluation: A Critique", *Carnegie Rochester Conference Series on Public Policy*. 1, pp. 19-46.

LUCAS, Robert E., Jr. (1980): "The Death of Keynesian Economics", *Issues and Ideas* (University of Chicago, Chicago, IL). Winter, pp. 18-19.

LUCAS, R. E. Jr., y SARGENT, T. J. (1979): "After Keynesian Macroeconomics", *Federal Reserve Bank of Minneapolis Quarterly Review*. Spring, 3:2, pp. 1-16.

MALINVAUD, Edmund (1977): *The Theory of Unemployment Reconsidered*. Oxford, Blackwell.

MANKIW, N. Gregory (1985): "Small Menu Costs and Large Business Cycles: A Macroeconomic Model of Monopoly", *Quarterly Journal of Economics*. Mayo, 100:2, pp. 529-537.

This content downloaded from 187.141.66.38 on Tue, 2 Apr 2013 17:41:30 PM
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

McCallum, Bennett T., y Nelson, Edward (1999): "An Optimizing IS-LM Specification for Monetary Policy and Business Cycle Analysis", *Journal of Money, Credit and Banking*. Agosto, 31:3, Part. 1, pp. 296-316.

Meyer, Laurence H. (2004): *A Term at the Fed: An Insider's View*. New York, Harper-Collins.

Modigliani, Franco (1944): "Liquidity Preference and the Theory of Interest and Money", *Econometrica*. Enero, 12: 1, pp. 45-88.

Phelps, Edmund (1968): "Money Wage Dynamics and Labor Market Equilibrium", *Journal of Political Economy*. Julio/agosto, 76:4, pt. 2, pp. 678-711.

Pigou, Arthur (1927): *Industrial Fluctuations*. London, Macmillan and Company.

Quandt, Richard E. (1976): "Some Quantitative Aspects of the Economics Journal Literature", *Journal of Political Economy*. Agosto, 84:4, pt. 1, pp. 741-55.

Romer, Paul (1986): "Increasing Returns and Long Run Growth", *Journal of Political Economy*. Octubre, 94:5, pp. 1002-37.

Samuelson, Paul A. (1948): *Economics: An Introductory Analysis*. New York, McGraw-Hill.

Samuelson, Paul. A. (1988): "Keynesian Economics and Harvard: In the Beginning", *Challenge: The Magazine of Economic Affairs*. Julio/agosto, 31, pp. 32-34.

Samuelson, Paul A., y Solow, Robert M. (1960): "Analytical Aspects of Anti-Inflation Policy", *American Economic Review*. Mayo, 50:2, pp. 177-194.

Sargent, Thomas J., y Wallace, Neil (1975): "Rational Expectations, the Optimal Monetary Instrument, and the Optimal Money Supply Rule", *Journal of Political Economy*. Abril, 83:2, pp. 241-54

Solow, Robert M. (1980): "On Theories of Unemployment", *American Economic Review*. Marzo, 70:1, pp. 1-11.

Summers, Robert, y Heston, Alan (1991): "The Penn World Table (Mark 5): An Expanded Set of International Comparisons, 1950-1988", *Quarterly Journal of Economics*. Mayo, 106:2, pp. 327-68.

Taylor, John B. (1980): "Aggregate Dynamics and Staggered Contracts", *Journal of Political Economy*. Febrero, 88:1, pp. 1-23.

Woodford, Michael (2003): *Interest and Prices*. Princeton, Princeton University Press, 26.

This content downloaded from 187.141.66.38 on Tue, 2 Apr 2013 17:41:30 PM
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

RESUMEN

Este ensayo ofrece una breve historia de la macroeconomía, junto con una evaluación de lo aprendido. Parte de la premisa de que la disciplina ha evolucionado gracias a los esfuerzos de dos tipos diferentes de macroeconomistas: los que la conciben como una especie de ingeniería y los que quisieran que fuese más bien una ciencia. Mientras que los primeros macroeconomistas eran ingenieros que trataban de resolver problemas prácticos, los de las últimas décadas han estado más interesados en desarrollar herramientas analíticas y establecer principios teóricos. Estas herramientas y principios, sin embargo, han tardado en encontrar el modo de ser utilizados. A medida que el campo de la macroeconomía fue evolucionando, un tema recurrente ha sido la interacción –a veces productiva y a veces no tanto– entre los científicos y los ingenieros.

SUMMARY

This essay offers a brief history of macroeconomics, together with an evaluation of what has been learned over the past several decades. It is based on the premise that the field has evolved through the efforts of two types of macro-economist –those who understand the field as a type of engineering and those who would like it to be more of a science. While the early macro-economists were engineers trying to solve practical problems, macroeconomists have more recently focused on developing analytic tools and establishing theoretical principles. These tools and principles, however, have been slow to find their way into applications. As the field of macroeconomics has evolved, one recurrent theme is the interaction –sometimes productive and sometimes not– between the scientists and the engineers.

REGISTRO BIBLIOGRAFICO

MANKIW, N. Gregory

"El macroeconomista como científico y como ingeniero". *DESARROLLO ECONOMICO – REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES* (Buenos Aires), vol. 47, Nº 185, abril-junio 2007 (pp. 3-23).

Descriptores: <Macroeconomía> <Macroeconomista> <Revolución keynesiana> <Nuevos clásicos> <Nuevos keynesianos>.

This content downloaded from 187.141.66.38 on Tue, 2 Apr 2013 17:41:30 PM
All use subject to JSTOR Terms and Conditions